

Baile con Satanás

Julio yacía en la cama de una habitación de hotel barato, estaba sumergido en la profundidad de un sueño inexorable porque Sara y Manuela, horas antes, lo habían drogado, echando alucinógenos en su vaso de ron. Las dos mujeres habían saqueado al hombre, llevándose su dinero y su reloj. Luego salieron sigilosamente del lugar, y se encontraron en la calle fría y solitaria; se abrigaron y caminaron rápidamente, dejando a Julio casi inerte en la habitación.

—Volvamos a la discoteca —dijo Sara.

—¡Qué! ¡Estás loca si crees que voy a volver! Es tarde, y quiero dormir.

—Pero si hoy no hemos hecho nada; ese viejo tacaño tenía poco dinero, debemos buscar otro cliente.

—No me importa, dame mi parte, si quieres volver, ve sola.

—¡Si vas conmigo tienes tu dinero!

—Es que..., tengo un mal presentimiento.

—No seas supersticiosa que nada va a pasar —contestó Sara y caminaron en silencio hacia la discoteca.

Desde lejos comenzaron a escuchar la música de bares y discotecas, que estremecía cada rincón de la calle, y que formaba una algazara aterradora. La calle estaba atiborrada de gente, como si fuera una plaza de mercado; todos iban y venían, gritaban, hablaban, reían...

De cuando en cuando, se escuchaba el pito de un carro, entonces, una prostituta con su movimiento cadencioso, se acercaba al auto, hablaba un momento, y luego se subía; el

auto se movía y se perdía en el entramado de calles. En la otra acera un chiquillo vendía droga a otro, y al lado, un grupo de personas charlaban mientras sostenían botellas de cerveza. En las aristas de las calles, los carros aparcados hacían gran ruido con su música estrambótica, y letreros coloridos mostraban el nombre de decenas de establecimientos, como compitiendo por ser los más vistosos.

Las dos mujeres entraron a una discoteca, Manuela siempre un poco detrás de Sara, todo estaba en penumbra, y destellos coloridos resplandecían en cada recodo; la música retumbaba y gran cantidad de la gente bailaba desaforada en la pista. Se sentaron solitarias, a esperar la nueva víctima. A varios metros de ellas había un hombre que estaba solo.

Sara se puso en pie, se abrió el escote de la blusa y caminó hacia él; era un hombre adentrado en años, rubio, de contextura gruesa.

—Hola —dijo Sara.

—Hola —respondió el hombre.

—¿Podemos acompañarlo?

—Sí claro. Siéntense.

—Ella es mi amiga Manuela, y yo soy Sara.

—Mucho gusto, soy Daniel.

La música a cada segundo, parecía hacerse más fuerte, y la gente ebria y drogada, ahora, saltaban y gritaban eufóricos. Manuela trató de acomodarse uno de sus aretes, pero se le calló al piso, se agachó para recogerlo, lo buscó un momento, hasta hallarlo, y cuando ya hacía el recorrido para erguirse, vio debajo de la mesa, en medio de la oscuridad las piernas de Daniel, que en realidad no eran piernas sino patas con pelos y pesuñas, además de un rabo, que casi tocaba al piso.

Manuela se irguió de nuevo en la silla, alterada vio a Daniel que la miraba fijamente, luego él sonrió y dejó de mirarla.

Manuela estaba estupefacta, sudaba frío y la angustia que apretaba su pecho se hizo más profunda y punzante.

“Me estoy volviendo loca” pensó, se llevó la mano a la cara, refregó sus ojos y miró a Daniel que veía fijamente a la pista de baile. Él tenía unos ojos verdes y enigmáticos con una cara casi inexpresiva y una suave sonrisa en sus labios.

Por unos minutos hubo silencio en la mesa, mientras la música resonaba y la gente gritaba desaforada.

—¿Quieres bailar? —Le preguntó Sara a Daniel.

—Sí, vamos —respondió Daniel. Tomó a Sara de la mano y se perdieron en la constelación de gente, como si se hubieran metido en una bruma espesa.

Manuela esperó; sentía algo en su interior, que parecía miedo, pero no lo era, era algo más fuerte, algo que no la deja tranquila, algo que la aquejaría hasta no irse del lugar.

Un rato después, Daniel y Sara brotaron del río de gente y en frente de la mirada de Manuela, se dirigieron hacia ella. Y ahí, mientras caminaban tomados de la mano, Manuela vio de nuevo las patas de Daniel, que salían del gabán blanco que el hombre llevaba puesto. Sara pasó sus manos por los ojos y lo miró de nuevo, ahora vio unos pantalones blancos y unos zapatos negros.

Se sentaron en la mesa, Sara estaba agitada y sudaba profusamente, mientras Daniel permanecía sosegado como antes; Manuela no se atrevía a mirar a Daniel, y cuando pudo hacerlo vio fijamente a unos ojos de iris verde y estrías llameantes, y una pupila profunda y oscura, y sintió un suave olor a azufre.

Manuela sintió una puñalada invisible en lo profundo de su alma, dejó de mirar a Daniel que le sonreía, se reclinó en la silla, sus piernas temblaban incontrolables, su saliva se hizo espesa, y un bochorno salía de su pecho y se expandía a su cabeza.

—Acompañame al baño —le dijo a Sara.

Las dos mujeres fueron al baño, dejando a Daniel solo en la mesa.

—¡Tiene patas y cola! —dijo manuela entre sollozos.

—¡Qué! ¿De qué hablas? —Respondió Sara sorprendida.

—¡Estas loca! Creo que... es mejor que te vallas para tu casa.

—¡Vamos juntas!

—No.... Yo ese me lo coronó, a Daniel por encima se le ve la plata que tiene. Esta oportunidad no se puede desaprovechar. Mírale los anillos y la pulsera de oro.

—¡Haz lo que quieras, pero yo me voy!

—Vete ingrata, no es la primera vez que trabajo sola. ¡Lárguese! —Dijo Sara y salió del baño.

Manuela, se miró por un momento en el espejo, luego echó agua en su cara, se disponía a salir, cuando vio que Daniel caminaba hacia ella, con su misma ropa blanca, zapatos negros y sonrisa inmutable, y que sin importarle que era el baño de damas, entró como si nada, miró a Manuela, que parecía atada, ella lo miraba con los ojos extra-abiertos y sin parpadear.

Daniel se acercó despacio, y le habló con una voz suave pero profunda.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no vuelves?

Manuela trató de hablar, pero no pudo hacerlo, tenía la lengua paralizada del miedo, Daniel se acercó a ella, con las manos la agarró entre el cuello y la mandíbula, acercó sus labios a los de ella, y la besó mientras ella inerte lo dejaba.

Manuela sintió un calor sofocante, que entraba como una vaharada de aire caliente por su boca y se extendía por todo su cuerpo, comenzó a sudar y a desvanecerse como si caminara por el desierto, su fuerza desapareció, cayó al piso resbalándose por las patas de Daniel, su piel estaba ajada y su ropa estaba empapada de su propio sudor.

Daniel arrastró a Manuela, la encerró en uno de los sanitarios y volvió a la mesa.

—¿Y tu amiga? ¿Dónde está? —Preguntó Daniel a Sara.

—Dijo que estaba indispuesta y se fue a su casa —respondió Sara.

Sara que ya había echado el alucinógeno en el vaso de ron de Daniel esperó mientras él lo bebía. Después el hombre comenzó a hablar como ebrio.

—¿Qué te pasa? —Preguntó Sara.

—Estoy mareado —dijo Daniel

—¡Salgamos! —Dijo Sara apresurada.

Salieron a la calle, Sara detuvo un taxi y fueron a un hotel.

Después de un gran esfuerzo, Sara consiguió subir a Daniel a la habitación, lo tiró a la cama y cerró la puerta.

Buscó en los bolsillos del hombre, y de cada uno sacó dinero y joyas, lo echó en su cartera y caminó a la puerta para irse mientras Daniel permanecía dormido.

De pronto escuchó su nombre con una voz ronca y ahogada, miró a la cama y vio a Daniel que se incorporaba, trató de abrir la puerta, pero estaba trancada, la golpeó asustada mientras Daniel se acercaba viéndola a los ojos y con la misma sonrisa burlona.

Sara aterrada gritó, pero sus gritos no salían de su garganta, trató de defenderse de Daniel con una navaja; fue inútil, él se acercaba paso a paso con los ojos llameantes, las patas peludas, su cola y su penetrante olor a azufre.

Daniel la tomó del cuello y acercó sus labios incandescentes a los de Sara que en un instante se desvaneció en un mar de fuego, y un manto negro cubrió sus ojos para siempre.

Ahora Sara yacía muerta en el piso, Daniel se agachó, metió la mano el pecho de Sara, sacó su alma y desapareció con ella.

Al día siguiente, el cadáver de Sara fue encontrado con un profundo color púrpura. Hoy, quince años después, Manuela permanece internada en un sanatorio mental, por pregonar, que fueron atacadas por Satanás.